

LA DEMOCRACIA CRISTIANA

alternativa del Comunismo

Cartas intercambiadas entre
el Secretario General del P.
Comunista y el Presidente del
Partido Demócrata Cristiano

ABRIL - MAYO 1961

Carta dirigida por el Secretario General del Partido Comunista, Senador Luis Corvalán al Presidente del Partido Demócrata Cristiano, Senador Eduardo Frei

Santiago, 25 de abril de 1961.

Señor Senador

Don Eduardo Frei, Presidente del

Partido Demócrata Cristiano

Presente

Señor Senador:

Por encargo de la Comisión Política del Partido Comunista de Chile me dirijo a usted a raíz de algunos pronunciamientos del Partido Demócrata Cristiano y de personeros suyos, pronunciamientos que nos tocan muy directamente y que por esto no podemos dejarlos pasar sin una respuesta.

Los demócrata cristianos chilenos, especialmente en la época de la Falange Nacional, tenían sumo cuidado de no caer en el anticomunismo militante, guiados por el buen criterio de no confundirse con los peores enemigos del pueblo. Pero esta conducta viene siendo paulatinamente abandonada. En la reciente campaña electoral, algunos candidatos demócrata cristianos se caracterizaron por sus ataques a nuestro Partido rastrojando la peor basura del anticomunismo. En un folleto standard que sirvió de propaganda a vuestros candidatos se llegó al extremo de afirmar que "la revolución comunista significa: establecer una férrea dictadura, romper nuestra tradición republicana y democrática, sacrificios innecesarios y riesgos inútiles". El Partido Demócrata Cristiano se empeña en hacer creer que el país se halla ante el dilema de "o democracia cristiana o comunismo" y que "la democracia cristiana es la única alternativa ante el comunismo" o "el avance del marxismo". Es también conocido el hecho de que algunos dirigentes demócrata cristianos han tanteado la posibilidad de llegar a un entendimiento con el Partido Socialista sin los comunistas. Y, por último, para citar sólo asuntos fundamentales, está la carta suya al "New York Times", proclamando que el Partido Demócrata Cristiano es abierta y definitivamente anticomunista, además de antifidelista y de enemigo de la nacionalización de las riquezas chilenas hoy en manos de los imperialistas norteamericanos.

La declaración del Consejo Nacional Plenario del Partido Demócrata Cristiano reunido en Millahue parece modificar en parte algunos aspectos de este último pronunciamiento. Con todo, como tal declaración no revela un cambio de actitud realmente serio ni un abandono del anticomunismo no tengo más que referirme a los asuntos mencionados.

Utilidad de un esclarecimiento.

Un comunista, el Mayor Yuri Gagarin, ha sido el primer hombre en circunvolar el globo terráqueo en la hazaña humana más grande de la historia que saluda el mundo entero y que de por sí pulveriza todas las patrañas largo tiempo lanzadas contra el comunismo. Por esto, creo innecesario refutar a los demócratacristia-

nos que en la reciente campaña electoral sacaron del arsenal fascista las peores calumnias anticomunistas. Sólo quiero detenerme en los ataques principales de que hemos sido blanco por parte de la democracia cristiana, convencido de la utilidad de un esclarecimiento a este respecto.

El país está enterado de

que los comunistas no nos orientamos a destruir las instituciones republicanas, como el Parlamento por ejemplo, sino a transformarlas de instrumentos al servicio del imperialismo y de la reacción en instrumentos que sirvan a los intereses de todo el pueblo. Sabe que propiciamos una serie de reformas constitucionales y legales tendientes a ha-

cer más efectivo el régimen democrático, desarrollando en este terreno las mejores tradiciones republicanas y democráticas, con miras a crear condiciones que permitan que la revolución chilena se abra paso por una vía pacífica. Y sabe además, que ni ahora ni nunca le hemos dado a esta revolución el carácter de "comunista", no por una actitud vergonzante ante este nombre, puesto que nos sentimos orgullosos de haber abrazado el noble ideal del comunismo, ni por engañar a nadie, ni por nada semejante, sino simplemente, porque la revolución chilena no tiene ese carácter atendido el grado de desarrollo económico, social y político del país y las posibilidades de avanzar. Nadie entonces, salvo que esté impregnado de una supina ignorancia o actúe con intencionada mala fe, puede referirse a los comunistas en los términos que lo hace la democracia cristiana, presentándonos como partidarios de un tipo de revolución que no propiciamos, que se pinta mañosamente en pugna con la libertad y con las tradiciones republicanas y democráticas y como sinónimo de una degollina. Los comunistas propiciamos una revolución popular que será la obra de la mayoría, que le dé participación a todo el pueblo en la conducción del país y que esté dirigida a independizar a Chile respecto a los monopolios extranjeros, a terminar con el atraso agrario, a desbrozar el

camino en favor del desarrollo económico independiente, del avance de la cultura y del progreso social.

Planteamos una discusión de principios

Nosotros no rehuimos la discusión ideológica con el Partido Demócrata Cristiano ni con nadie; pero planteamos una discusión de principios, basada en realidades, en lo que cada cual hace y dice y no en lo que arbitrariamente uno le pueda suponer al otro, como desafortunadamente sucede en el caso referido.

Si usted, señor Frei, va a una población callampa o a una industria o a cualquiera hacienda y les dice a los pobladores, a los que no tienen agua, ni luz, ni otros servicios urbanos y que viven en las condiciones subhumanas que se conocen, a los obreros que son explotados por un salario miserable o a los campesinos que sufren todavía en peor forma el látigo de los explotadores, les dice, repito, que el dilema es "democracia cristiana o comunismo", o sea, que la culpa de su situación la tiene el comunismo y que luchando contra el comunismo y por la democracia cristiana saldrán de la miseria, no le van a creer y de seguro que repudiarán tal planteamiento.

El carácter de la lucha y el dilema que se plantea en un país dado, Chile en este caso, no es un asunto que pueda de-

terminarse antojadizamente. Para determinarlos hay que preguntarse ¿en qué manos está el poder económico y político? ¿quiénes se llevan la mejor tajada de la renta nacional? ¿cuáles son las trabas que obstaculizan el progreso económico, político y social de Chile? ¿cuál es la clase retardataria cuyo desplazamiento es necesario para abrir camino al desarrollo progresista de la nación? No parece necesario que dé respuesta a estas preguntas ni que me explaye en argumentos dirigidos a demostrar el verdadero carácter de la lucha planteada en nuestro país y el o los dilemas consiguientes.

Mucho empeño y dinero gastan los imperialistas y los reaccionarios de todos los pelajes en convencer a los pueblos latinoamericanos que la lucha se plantea entre la democracia y el comunismo. Pero nuestros pueblos no los escuchan, no combaten contra el comunismo y, orientados por los comunistas, luchan contra el imperialismo, por la liberación nacional, por la democracia y la paz, por el progreso social, contra las oligarquías terratenientes, por la reforma agraria, contra los grandes capitalistas monopólicos. Una prueba de ello la da el hecho de que en las elecciones del 5 de marzo el pueblo desoyó la prédica anticomunista y un gran sector de él depositó su confianza en nuestro Partido.

La realidad es tan fuerte que en algunos aspectos la

propia Democracia Cristiana no puede dejar de apoyar la lucha de los pueblos en la dirección señalada.

Falso dilema:

Comunismo o Democracia Cristiana

¿Por qué, entonces, alzar el dilema falso de democracia cristiana o comunismo? Para decirlo de una vez por todas, el dilema democracia cristiana o comunismo es, señor Frei, divisionista y con él no se hace otra cosa que hacerle el juego a los enemigos del pueblo.

Los dirigentes demócrata cristianos se vanaglorian del rápido crecimiento de su Partido. Pero si éste fenómeno se analiza objetivamente se verá que él se debe en lo principal al hecho de que han tenido el cuidado de no confundirse con la derecha tradicional en la línea del anticomunismo y a que toman algunos problemas sentidos por el pueblo, coincidiendo muchas veces con los comunistas. Y si se observan con atención los resultados de la última campaña electoral durante la cual despuntó más fuerte el anticomunismo en la democracia cristiana, se verá que al menos hay una disminución en el ritmo de su crecimiento.

Más de alguien podría pensar que, si bien en la actualidad no está planteado el dilema democracia cristiana o comunismo, tal será, sin embar-

go, la disyuntiva en el futuro próximo. No faltan, por ejemplo, quienes, identificando el comunismo con el Frente de Acción Popular, creen que la lucha se planteará mañana entre el FRAP, por un lado y la democracia cristiana con el apoyo del imperialismo y de la derecha, por el otro lado. Los que así piensan no dejan de tener en cuenta ciertos hechos reales, como vuestra petición de apoyo liberal en 1957, el papel que desempeñan los demócratacristianos en Alemania, Francia, Bélgica, etc. al servicio de los grandes monopolios y de la política de guerra de los Estados Unidos y vuestra carta al "New York Times" que en una caricatura de "Topaze" fue interpretada como dirigida a obtener apoyo derechista para 1964 y que además se considera destinada a darle plenas seguridades a los imperialistas yanquis. Más nosotros, comunistas, sin dejar de tener en cuenta esos hechos, no creemos fatal que el Partido Demócrata Cristiano de Chile siga el mismo camino que sus congéneres europeos y de seguirlo no le auguramos buenos resultados.

En cierto sentido, señor Frei nosotros somos más cristianos que ustedes al colocar por sobre todas las cosas el entendimiento entre todos los hombres de buena voluntad que quieren evitar una nueva guerra, al luchar en defensa de los explotados y al propiciar,

en el plano nacional, la unión de todos los pobres contra aquellos que para entrar en el reino de los cielos necesitarían que primero pasara un camello por el ojo de una aguja. Nosotros no propiciamos la lucha contra la democracia cristiana, señalándola como el enemigo número uno. Por el contrario, buscamos la unidad de acción con los demócratacristianos y con todos los que quieran luchar por los derechos vitales del pueblo, por la independencia nacional, por la democracia, por la paz y por el bienestar y la justicia social. En múltiples oportunidades nos hemos encontrado en la misma barricada. Pero desde hace algún tiempo ustedes rehuyen las acciones comunes hasta donde les es posible o, como queda dicho, las buscan con nuestros aliados socialistas al margen de los comunistas y, por cierto, que infructuosamente.

Nuestra lucha no es antirreligiosa.

El hecho de que los demócratacristianos profesen una religión y que el comunismo sea ateo, no es obstáculo para que podamos entendernos en algunas cosas, toda vez que el Partido Comunista no se guía por un principio de lucha antirreligiosa, sino por el concepto de la lucha de clases y los problemas que angustian a nuestro pueblo afectan tanto a los creyentes como a los no creyentes. Nuestra tolerancia es

tal a este respecto que en nuestras propias filas hay muchas personas que profesan la religión católica o que son protestantes.

Los agentes del enemigo se esmeran en presentarnos en una posición distinta y, al efecto, especulan mañosamente con ciertas dificultades que han surgido en algunos países socialistas con la Iglesia Católica. La verdad es que en esos países existe la más absoluta tolerancia hacia todas las religiones, como lo han podido comprobar personalmente aquellos demócratacristianos que los han visitado, y si allí se han suscitado problemas con la Iglesia ello se ha debido a la actividad contrarrevolucionaria y esencialmente política de algunos de sus dignatarios.

Es claro, no hay por qué negarlo, nosotros tenemos una actitud crítica hacia el papel que desempeña la Iglesia Católica. Habiéndose constituido en base a un movimiento religioso que tomó originalmente la bandera de los oprimidos, andando el tiempo pasó a servir los intereses de los opresores y ha bendecido los cañones y las banderas de las tropas colonialistas de España, Italia, Bélgica y otros países. Pero hacemos una distinción entre la Iglesia, como organización reaccionaria y la fe católica tomada como credo. Y bajo un futuro Gobierno del pueblo esperamos que la Iglesia no se inmiscuya en los asuntos políticos. Sobre la base de

esta prescindencia política estaremos dispuestos a respetarla y a otorgarle todas las garantías que sean necesarias al desarrollo de su culto, cuando junto a las demás fuerzas populares estemos en el poder, cosa que sucederá inevitablemente en Chile.

Hay no pocos asuntos en que discrepamos abiertamente. Por ejemplo, no podemos compartir la actitud evidenciada en su carta al "New York Times" respecto a la revolución cubana y a las empresas imperialistas que saquean nuestras riquezas.

Ud. no dice en esa carta por qué y en qué es antifidelista. La Dirección de su Partido en el documento de Millahue y en el comunicado que dio a conocer con motivo de la fracasada agresión a Cuba, aclara la posición demócrata cristiana y, en cierto modo, aparece corrigiendo la suya. En estos pronunciamientos, el Partido Demócrata Cristiano se opone a toda forma de agresión contra la soberanía del pueblo cubano. Esto es altamente positivo. El discurso de Kennedy, anunciando que está dispuesto a pasar por sobre el principio de la no intervención en su intento de derribar el régimen popular de Fidel Castro, hace de la defensa de ese principio la primera obligación de todos los patriotas latinoamericanos, de todos los hombres amantes de la libertad y de la paz cualesquiera que sean las ideas que tengan respecto de

la revolución cubana. No es difícil comprender que la doctrina de Kennedy tiende a romper con todas las normas de la convivencia internacional, coloca en cuarentena no sólo la soberanía y la independencia de Cuba, sino también la soberanía y la independencia de todos los países latinoamericanos, de todas las naciones débiles y pone en grave peligro la paz mundial. Por esto me permito subrayar la importancia del pronunciamiento de vuestro Partido en contra de toda forma de agresión a la soberanía cubana.

Pero no puedo dejar de señalar al mismo tiempo, lo infundada de la crítica de vuestro Partido al régimen de Fidel Castro. El carácter democrático del Gobierno cubano es incuestionable, tanto por su programa, como por el apoyo popular que tiene, apoyo que quedó plenamente evidenciado en el rechazo a los agresores. Luego, constituye una aberración exigirle elecciones en las condiciones en que se desenvuelve, las cuales exigen de todos los cubanos sólo una preocupación esencial: producir y estar con el arma al brazo en pie de guerra, en defensa de su soberanía.

Un pronunciamiento grave.

Volviendo a lo de su carta, ha sido también muy grave su pronunciamiento en contra de la nacionalización de las

empresas imperialistas. En muchas oportunidades Ud. y otros personeros de su Partido han hablado en favor del desarrollo económico y de la derrota de la pobreza en Chile. ¿Cómo lograr esto, sino a través de profundas transformaciones, entre las cuales necesariamente debe incluirse el rescate de las riquezas en manos del imperialismo? Ud. no ignora la cuantía del saqueo norteamericano. Conoce también la magnitud de los problemas chilenos y los intensos recursos que se necesitan para resolverlos. ¿Cómo, entonces, declararse en contra de las nacionalizaciones y, en un chiste de mal gusto, decir que sólo es partidario de la nacionalización del petróleo? A nosotros nos parece que es absurdo que la luz eléctrica sea todavía en algunas provincias de propiedad norteamericana. Chile ha demostrado a través de la ENDESA la posibilidad y la capacidad de abordar y resolver el problema de la electricidad con una empresa chilena y estatal por añadidura. Y por cierto que no se necesita ser comunista para pronunciarse en favor de las nacionalizaciones. Gobiernos no comunistas, como el de Sukarno en Indonesia y el de Fidel Castro en Cuba han nacionalizado empresas extranjeras. México hizo otro tanto con el petróleo bajo el Gobierno de Lázaro Cárdenas.

Mediante el Mercado Común y la "alianza para el progreso" del Presidente Kenne-

dy, que usted aplaudió también con entusiasmo —y cuya verdadera significación ha quedado en descubierto con la páfida agresión a Cuba y el discurso en favor de la intervención del Mandatario norteamericano— no será posible lograr el desarrollo económico y social que nuestros países desean. Los Estados Unidos no se hallan en condiciones de invertir en América Latina los miles de millones de dólares anuales con que algunos ilusos sueñan. Por otra parte, economistas de izquierda y de derecha reconocen que tales inversiones sólo son un buen negocio para los norteamericanos, puesto que les permiten extraer más recursos de América Latina de los que a ella ingresa y, al mismo tiempo, las utilizan para sacar voz y pecho en los asuntos de la política interna de nuestros países.

La declaración de Millahue, desafortunadamente, tampoco dijo nada respecto a este asunto vital de su carta al "New York Times".

Juicios positivos.

Pero en ella hay otros elementos positivos fuera de la ya mencionada defensa de la soberanía de Cuba. Se pronuncia por "una Reforma Tributaria que signifique una efectiva y justa redistribución de las cargas y de la renta nacional": por "una Reforma Agraria que modifique el sistema de tenencia de la tierra" y eli-

mine el latifundio; por la "normalización de las relaciones diplomáticas y comerciales de Chile con todos los países de la tierra que convenga al interés nacional": por "una reforma que permita cambios en nuestras instituciones jurídicas para que nuestra democracia tenga una expresión verdaderamente auténtica"; y otros puntos coincidentes con los planteamientos de nuestro Partido y de los demás Partidos de Izquierda.

Creemos en la sinceridad de esos propósitos vuestros. Mas, para realizarlos se necesita la conjunción de los esfuerzos de todos los que concidimos en ellos. Ustedes dicen en la declaración ya citada: "aspiramos a ser la fuerza integradora de todos los que luchan por la creación de un orden nuevo en nuestra Patria". En esta frase se expresa el anhelo al exclusivismo político, la pretensión de unir al pueblo entero en un sólo Partido, la creencia de que sólo los demócrata cristianos pueden realizar aquellos fines. Es soñar demasiado. Ningún Partido político por sí solo puede cambiar las cosas en Chile. De ahí la necesidad de entenderse alrededor de los puntos que nos son comunes. Si, como es nuestro propósito y también el nuestro, así como el de los demás Partidos del FRAP, llegar a un acuerdo en torno a las Comisiones y a las Consejerías en el Parlamento, ¿Por qué no hacer otro tanto respecto a ob-

jetivos comunes aún más importantes?

Siempre los comunistas hemos luchado, y seguiremos luchando por la unidad de acción de todas las fuerzas progresistas que concuerden aunque sea en algunos puntos. Pero no obligamos a nadie a marchar junto a nosotros. Creemos, sin embargo, que todos los Partidos que siquiera en algo defienden al pueblo deben tener una actitud al menos respetuosa de los demás y no deslizarse por la pendiente de la calumnias.

Quiero dejar expresa constancia de nuestra invariable política de desarrollo y fortalecimiento del Frente de Acción Popular y de que esta carta no tiene otros alcances ni otros propósitos que los de exponer nuestra verdadera posición en contra de ciertas calumnias surgidas del seno de vuestro Partido y combatir también el anticomunismo, que es un veneno que destila el enemigo para atentar contra la unidad de los trabajadores, las conquistas sociales y las libertades públicas.

El marxismo arma a la clase obrera.

No podría terminar esta carta sin referirme también a la afirmación contenida en la declaración de Millahue en el sentido de que "el capitalismo y el marxismo no son soluciones eficaces para los problemas concretos de la nación

chilena en la actual realidad histórica".

El capitalismo, claro está, no constituye una solución según se ha demostrado ya en la práctica. Pero no hay ningún elemento de juicio para sostener tan ligeramente que el marxismo no da una salida a los problemas chilenos. El marxismo es una doctrina universal, valedera para todos los países, de oriente u occidente, desarrollados o atrasados. No es un dogma, sino un guía para la acción, una doctrina científica, que tiene en cuenta cada realidad. El marxismo arma a la clase obrera y a los pueblos con el conocimiento de las leyes que rigen las diferentes sociedades y ese conocimiento permite resolver en la práctica las contradicciones sociales. Siendo la práctica la prueba de toque de toda teoría, su carácter científico ya ha sido demostrado en la más gigantesca transformación social de la historia en una tercera parte del mundo.

Vivimos la época del tránsito de una sociedad a otra, la época del paso del capitalismo al socialismo, de la desintegración del mundo colonial, del derribamiento del imperialismo. Y a la vanguardia de este proceso se hallan millones de hombres que guían sus pasos con la doctrina luminosa del marxismo leninismo.

Basándonos en esta doctrina, nuestro Partido ha elaborado un programa para la actual etapa histórica de nuestro país y ese programa es, preci-

samente, el marxismo leninismo aplicado a las condiciones concretas de Chile. En él hay soluciones realistas para los males que sufre nuestro pueblo y nuestra nación. Y tan realistas son que algunas de ellas las comparte ya la mayoría de los chilenos incluidos muchos hombres, mujeres y partidos no marxistas.

Ustedes señalan en el documento de Millahue que desean crear un orden nuevo "en oposición a las estructuras capitalistas de la economía y de la sociedad, en la vida interna e internacional". Interesante planteamiento, pero no vemos cómo podrán realizarlo si se oponen a la racionalización de las empresas imperialistas y no contemplan la socialización de los medios de producción. En cambio, en la etapa ulterior de la verdadera creación de un orden nuevo "en oposición a las estructuras capitalistas de la economía y de la sociedad", el marxismo sí que ofrece una salida, liberando al hombre de la explotación por otros hombres y a un grupo de naciones por otras naciones. Además, ofrece la perspectiva real de liberar para siempre a la humanidad del horrendo flagelo de la guerra.

En la esperanza de que esta carta sirva, al menos, para una mejor comprensión entre nuestros Partidos le saluda atentamente, *Luis Corvalán López*, Secretario General del Partido Comunista de Chile.

Respuesta del Presidente del Partido Demócrata Cristiano, Senador Eduardo Frei, al Secretario General del Partido Comunista, Senador Luis Corvalán

Señor Senador
Don Luis Corvalán Lepez,
Secretario General del Partido
Comunista de Chile
Presente

Señor Senador:

Acuso recibo de su carta de 25 de abril pasado, en que Ud. por encargo de la Comisión Política de su Partido me formula diversas observaciones respecto al Partido Demócrata Cristiano.

Ud. querrá excusar nuestra demora en contestarle, que se explica por los hechos ocurridos con posterioridad a su envío.

Creo que un documento de tal importancia, poco usual en las relaciones entre Partidos Políticos, exige de nuestra parte una interpretación objetiva y una respuesta de fondo.

Quisiera, sí, referirme previamente a un detalle de su carta. En diversas frases que ella contiene pareciera insinuar una diferencia entre actuaciones mías y las del Partido. Quiero precisarle que mi respuesta no es personal, que actúo en nombre del Partido y de sus organismos, y que así como no le haría la gratuita ofensa de que Ud. no repre-

senta, como Secretario General, en todo o en mínima parte la opinión del suyo, no puedo pensar que Ud. quiera

ver contradicciones en el nuestro que ha sido siempre ejemplo de unidad.

Entro, pues, en materia:

Ataques al Partido Comunista:

El Partido Comunista considera que ha sido atacado por pronunciamientos y actuaciones del Partido Demócrata Cristiano y de sus candidatos a parlamentarios, porque hemos sostenido que la revolución comunista significaría establecer una férrea dictadura; porque hemos afirmado que la Democracia Cristiana se presenta como una alternativa frente al Comunismo y que algunos dirigentes Demócrata Cristianos "han tanteado la posibilidad de llegar a un entendimiento con el Partido Socialista sin los Comunistas".

Ud. afirma que todo esto indica que algunos candidatos demócrata cristianos "anduvieron rastrojeando la peor basura del anticomunismo".

Es costumbre en el Partido Comunista abrumar con ese tipo de fraseología a cualesquiera que siga un camino diferente.

Por otra parte nosotros podríamos citar centenares de

agresiones de candidatos y miembros de su Partido, en las campañas electorales, en sus publicaciones, en los medios sindicales y en la Universidad, en contra de nuestras ideas y de nuestros militantes, sin el más mínimo respeto incluso por los hechos más evidentes.

Me bastaría citar la Revista Principios, que lleva un epígrafe que dice: "Órgano del Comité Central del Partido Comunista de Chile", que en su número de marzo, al analizar las recientes elecciones, se refiere al Partido Demócrata Cristiano en los siguientes términos: "La victoria electoral del FRAP y del PC., fue posible porque se libró desde antes y durante el curso de la campaña electoral una profunda lucha ideológica contra la demagogia de los demócrata cristianos que se presentaron al pueblo con nuevas "teorías", que en el hecho no son sino nuevas formas de explotación inventa-

das por el capitalismo para aumentar al máximo la pauperización de los trabajadores". Refiriéndose nuevamente al PDC dice que sus dirigentes se ofrecen al imperalismo "alquilándose a los enemigos del pueblo a fin de seguir sometiendo a nuestro país a la voracidad imperalista".

Estos ataques reflejan una actitud esencialmente diferente a la seguida por la Democracia Cristiana en Chile y en el resto del mundo. Allí donde domina la Democracia Cristiana la libertad política e ideológica es amplia y para los comunistas subsiste intacta, con la sola excepción de la República Federal Alemana, donde existen prohibiciones de orden judicial que apoyan incluso los socialistas, excepción que podría basarse en la existencia de la República Popular Alemana y la situación de Berlín.

En todos los países gobernados por la Democracia Cristiana a raíz de una guerra y destrucción terribles, no se ha cercenado ni la libertad política, ni de prensa, ni religiosa, ni sindical. En cambio no conocemos el caso de un país dominado por el Comunismo, en el cual la Democracia Cristiana subsista como organización política, expresión ideológica general y pueda tener todos los derechos que goza el Comunismo donde ella gobierna. Así, por ejemplo, en Italia, donde hay un Gobierno Demócrata Cristiano, llegó

hasta a concederse la cadena oficial de televisión del Estado para que el jefe del Partido Comunista dispusiera de igual tiempo que el jefe del Gobierno y del Partido Demócrata Cristiano para su propaganda electoral.

Hace Ud. mal, por lo tanto, al acusarnos de recurrir al arsenal fascista, para atacar a

El valor de la Ciencia y la Tecnología

Ud. me señala como un argumento decisivo que la hazaña de un comunista, el Mayor Yudi Gagarin, "de por sí pulveriza todas las patrañas largo tiempo lanzadas contra el Comunismo" y "por eso creo —agrega— innecesario refutar a los Demócrata Cristianos..."

Somos los primeros en admirar y aplaudir esta formidabile hazaña realizada por el Mayor Gagarin y por la URSS. Pero ni el avance de la ciencia y de la tecnología soviética, ni el coraje personal del Mayor Gagarin, son valores especiales o exclusivamente comunistas: son valores humanos, superiores de suyo al régimen político en que viven los hombres que los realizan y son valores para todos los hombres, no sólo para los que comparten las ideas de ese régimen político. La Ciencia y la Técnica, son patrimonio de la Humanidad y no tienen color político, aun cuando en determinadas etapas se las utilice como medios de propaganda.

Pero el mérito de un régi-

men político no puede medirse por su sola actitud ante la ciencia y la tecnología. Pretender que el solo progreso científico, o el solo progreso económico sean la suprema justificación de un régimen político es colocar la ciencia y la economía al servicio del poder político y no del hombre.

Tan cierto es lo que afirmamos, que en los tiempos modernos fueron muchos los que se sintieron deslumbrados por la aparente eficiencia y tremendo poder de la Alemania nazi y por los avances logrados en algunos campos de la investigación científica.

Todo el mundo sabe que cuando cayó el nazismo, Alemania había logrado los mayores avances en el proceso de descubrimiento de la Bomba Atómica y de los proyectiles dirigidos.

Si este régimen hubiera durado un poco más y hubiera alcanzado a perfeccionar estos inventos. ¿Habría sido este un argumento para decir que estaba justificado y que todos los que lo considerába-

mos anti-humano debíamos ser pulverizados?

Hace algunos años los Estados Unidos estaban muy lejos adelante en los estudios sobre energía atómica y fueron los primeros en poseer la bomba. ¿Sería un argumento para haber dicho, en ese instante, que el régimen capitalista era la cúspide del progreso social?

La cuestión religiosa

Ha creído Ud. necesario plantearnos la posición del Partido Comunista ante la Iglesia Católica, así como también su visión de las dificultades que en otros países han tenido y tienen los Estados Comunistas con la Iglesia.

Al respecto, creemos indispensable una afirmación muy definida de posiciones y conceptos.

El Partido Demócrata Cristiano *no es confesional*. No pretende ser representante, sea de la Iglesia o de todos los católicos en la política. Este es un Partido abierto a gentes que profesen cualquier religión o ninguna, sin otro compromiso que el de aceptar lealmente nuestra declaración de principios y de trabajar con disciplina por el cumplimiento de nuestro programa.

Asumimos plenamente y con entera independencia los derechos y deberes que nos corresponden como Partido Político y como ciudadanos.

Esto además es evidente porque nunca hemos titubeado en aplaudir o condenar regímenes, no por el hecho de ser dirigidos por quienes profesan una religión, sino por sus propios actos y orientaciones.

Es nuestra convicción que, después de nuestra ya larga lucha, nadie puede, de buena fe, ignorar nuestra estricta sinceridad en esta materia. Sin embargo, nos interesa destacar algunos aspectos de su carta que nos parecen de la mayor importancia.

En *primer lugar*, es evidente la oposición doctrinaria entre la filosofía cristiana, que nos inspira, sobre Dios, el hombre, la sociedad y la historia, y la concepción materialista.

Ninguna persona que se diga comunista ateo (y Ud. afirma sin ambigüedades en su carta que el Partido Comunista lo es), puede ser simultáneamente católico o cristiano de cualquiera denominación. Sólo por ignorancia puede una persona ser, al mismo tiempo, creyente y ateo; espiritualista y materialista.

Su carta es clara. La nuestra también. En el plano doctrinario el Comunismo y la Democracia Cristiana son incompatibles; en este terreno es obvio que ningún comunista puede ser Demócrata Cristiano y que ningún cristiano, que comprenda y conozca el Cristianismo, puede

ser miembro o colaborador del Partido Comunista.

En segundo lugar, leemos en su carta que su Partido hace suma distinción entre la Iglesia, como organización reaccionaria y la fe católica como dogma "y que según sea la calificación que le merezcan las actividades de la Iglesia, estará dispuesto a respetarla y a otorgarle "todas las garantías que sean necesarias para el desarrollo de su culto".

Nosotros creemos que la libertad de conciencia no puede estar sometida a la calificación de un Partido Político en cuanto a las garantías necesarias para su ejercicio. Por el camino que Ud. nos anuncia se llega a la intervención arbitraria en la vida misma de las Iglesias y confesiones religiosas; a negarles toda autonomía frente a la filosofía oficial del Estado, y a desconocer el derecho superior de todos los hombres a profesar la fe que les indica su conciencia.

Insistimos en este punto, porque sus expresiones se ven confirmadas en el significado que le damos, por la actitud asumida por los Estados Comunistas respecto de las Iglesias Cristianas en todo el mundo. Dice Ud. que para los Comunistas no hay impedimentos que obstaculicen la coexistencia entre ateos y creyentes. Para nosotros tampoco; y agrega que en los países regidos por el Comunismo existe "la más absoluta tolerancia

hacia todas las religiones, como lo han podido comprobar personalmente aquellos demócrata cristianos que los han visitado”.

Nosotros no pensamos así. En los países comunistas, lo que Ud. llama “garantías para el desarrollo del culto”, es la fachada exterior, que oculta otra realidad. El comunismo como partido gobernante y único, implica la existencia de una filosofía oficial, impuesta con todos los medios del Estado, la cual no admite a otra alguna a su lado. De ahí que cuando choca con la preexistencia de creencias religiosas o de otras concepciones universales, les impide toda manifestación vital de li-

La Democracia Cristiana, alternativa del Comunismo

Son estas diferencias profundas las que justifican plenamente, a nuestro juicio, nuestra afirmación de que, en los grandes cambios que se están produciendo en todo el mundo, los principios de la Democracia Cristiana, como pensamiento y como método de acción política, social y económica, son la alternativa válida frente al Comunismo para la construcción del orden humano del futuro.

Las diferencias que Ud. cree ver entre nuestro Partido y algunos de la Democracia Cristiana europea, son, precisamente, la prueba de la amplia libertad con que esta nueva dirección histórica se proyecta, dentro de la mayor

bertad verdadera. En otras palabras, la concepción del Estado y de la Sociedad, fundada en las enseñanzas de Marx y de Engels, va mucho más allá, en la teoría y en la práctica, de lo que Ud. dice en su carta, y no hay ningún demócrata cristiano que no haya comprobado la persecución religiosa en los países comunistas.

El Partido Demócrata Cristiano no ha hecho cuestión religiosa en el debate con los Comunistas para no mezclar la Religión con las cuestiones Políticas. Pero una vez planteado un debate sobre esta materia no ha querido rehuir-lo.

autonomía y responsabilidad local.

Las tareas en Europa, son diferentes de las que afrontamos en Latinoamérica. Ellos trabajan en países altamente desarrollados, ya incorporados, o en plena fase de incorporación, a una economía libre y popular de elevado nivel de consumo en masa, y con una realidad colonial en liquidación. Nosotros trabajamos en países detenidos en un terrible subdesarrollo, bajo la dominación de oligarquías y sufriendo las últimas presiones históricas del imperialismo capitalista.

Con independencia y fraternal claridad hemos analizado estos hechos en los con-

gresos internacionales de la Democracia Cristiana.

Por lo que toca a Chile, es cierto —y lo reiteramos aquí— que la Democracia Cristiana “aspira a ser la fuerza integradora de todos los que luchan por la creación de un orden nuevo en nuestra Patria”, como dijimos en la Declaración de Millahue. No es cierto que esto signifique, “el exclusivismo partidista”, ni que tengamos la torpe “pretensión de unir al pueblo entero en un solo partido”, como inexplicablemente es su interpretación.

Para nosotros, la mayor urgencia patriótica en la hora presente, es substituir los principios, las instituciones y los métodos del Capitalismo, que está dividiendo y empobreciendo a Chile y reemplazarlo por un régimen nuevo, de esencia cristiana en su concepción de la persona humana y del Estado, de proyección comunicatoria en su filosofía social, y democrático en sus instituciones fundamentales.

Sólo un régimen así hará posible en América Latina “los cambios sociales necesarios e inevitables”, sin los cuales no habrá en este Continente ni pan, ni alfabeto, ni salud, ni libertad, ni dignidad, ni esperanza para las grandes mayorías.

Frente a esta encrucijada de nuestra historia son claramente discernibles dos posiciones: los que se organizan para defender el orden exis-

tente y resistir los cambios profundos, y los que creen que una lucha por tales cambios es una exigencia imperativa, patriótica y moral. Entre estos últimos nos contamos.

Nos parece absolutamente claro, por circunstancias concretas que definen notoriamente nuestra realidad, que no será el Comunismo el factor unitario en Chile de las fuerzas a las que mueve —o podría llegar a mover— la “voluntad de cambio” frente al Capitalismo. Por eso, sin entrar en mayores disquisiciones, la Declaración de Milla-hue afirmó lo que hoy debemos repetirlo: que “ni el capitalismo ni el marxismo son soluciones eficaces para los problemas concretos de la nación chilena en la actual realidad histórica”.

Por otra parte, dada la velocidad vertiginosa con que están formándose o deformándose las posibilidades abiertas a los distintos países por el proceso revolucionario que el mundo entero vive en estos años, es absolutamente indispensable no solamente “tener razón”, sino “tenerla a tiempo”.

Los cambios que propicia la Democracia Cristiana son “la razón a tiempo”, para evitar que Chile quede “congelado” en una red de instituciones y compromisos que paralicen por tiempo indefinido sus posibilidades históricas de orden interno e internacional, y nos condenen a seguir siendo una nación frustrada como hoy.

Si alguna ideología política nueva puede dar a Chile un nuevo estilo de gobierno, que, apoyándose en el pueblo, dé al país nuevas instituciones políticas, sociales y económicas, ella es la Democracia Cristiana: naturalmente no por sí sola ni en una posición de “exclusivismo partidista”, que sería grotesca, sino en unión con los vastos sectores de chilenos y chilenas, con creencias religiosas y sin ellas, con partido y sin partido, de diferente condición social y económica, que hoy día comparten —sin reconocerse entre sí— la convicción del fracaso del Capitalismo y la angustia patriótica por hallar una salida democrática y constructiva.

¡Esta es la hora para un gran esfuerzo de concordancia entre los que aspiran a dar a Chile un nuevo régimen de instituciones que hagan realidad “los cambios sociales necesarios e inevitables”!

Naturalmente que este acuerdo es más fácil y seguramente más hondo entre quienes comparten una común “escala de valores” morales e ideológicos pero no excluye, de ninguna manera, a otros grupos humanos que también forman parte del país e influyen en su destino.

A este propósito debemos decirle que no es cierto que la Democracia Cristiana conciba su tarea en Chile, e interprete su pasado y su presente en función del antagonismo entre Democracia Cristiana y Comunismo. Sería una

grosera falsificación de los hechos, imputar al comunismo la desnutrición, el analfabetismo, el atraso económico y social, la enajenación de nuestras riquezas básicas, las profundas violaciones a la dignidad esencial de la persona humana de que son víctimas todos los días millones de nuestros hermanos en nuestra América y en nuestra propia Patria. Estos hechos son imputables a las ideas que han presidido la organización del Continente desde hace 100 años y a los grupos dirigentes, egoístas e insensibles, que han tenido el control del poder, de la cultura y de la riqueza en estos países. Esto tendrá que cambiar.

Hemos planteado que el porvenir del país como de América, puede concebirse como un dilema entre la Democracia Cristiana y el Comunismo, no para excitar el anticomunismo de quienes le temen por la eventual pérdida de sus injustas ventajas y privilegios, ya que para nosotros lo que hace del Comunismo una amenaza temible es sobre todo su tentativa de organizar un universo moral del cual Dios es suprimido y un orden histórico en el cual el hombre es mutilado en su esencia espiritual.

El dilema: “Democracia Cristiana o Comunismo” no lo hemos usado, pues, para falsificar los males de nuestra Patria ni para incitar el odio. Su alcance es claro: Creemos sinceramente que en la presente coyuntura histórica

quienes merezcan la confianza de las grandes masas asalariadas y sean capaces de ganar la mente y el corazón de los pobres, harán el mundo a su imagen y semejanza. Esto es también plenamente válido en Chile, y es un hecho —probado en el duro yunque de la práctica— que en las Universidades, en el Magisterio, en los gremios y sindicatos, la Democracia Cristiana está ganando la confianza de los jóvenes, de los maestros, de los profesionales y técnicos, de los empleados y obreros, ocupando vigorosamente posiciones claves que aparecían hasta ayer irrevocablemente entregadas al Comunismo.

La convivencia en la Democracia y las coincidencias en la acción

Es clara para nosotros y para Uds. la oposición doctrinaria entre el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Comunista.

Queda en pie el hecho de que una tercera parte de la humanidad vive actualmente bajo gobiernos comunistas, reconocidos, casi todos ellos, por la Comunidad Internacional; de que las realizaciones de la ciencia y de la técnica comunista son una importante dimensión del mundo contemporáneo; y de que, en Chile, el Partido Comunista representa un 10% del electorado chileno, forma parte legalmente de los Municipios y del Congreso Nacional, y ejerce una influencia muy apreciable en los organismos

Ese orden de esencia cristiana, de proyección comunitaria y de instituciones realmente democráticas que aspiramos dar a Chile, junto con todos los que anhelan un nuevo orden en el país, vaciaría de justificación histórica al Comunismo en nuestra Patria. Lo cual no significa que la Democracia Cristiana haya nacido o exista primordialmente “para combatir al Partido Comunista”, puesto que nuestra lucha por la justicia, la dignidad de la vida, la libertad y el pan del pueblo chileno, debería ser la misma, aun si el “Manifiesto Comunista” no hubiese sido escrito jamás”.

sindicales y gremiales del país. Todo ello, dentro de la convivencia republicana.

Negarse a reconocer que la única solución de este problema es la convivencia o coexistencia pacífica es negar la posibilidad de la paz, en el plano internacional, y negar la posibilidad de la libertad política en el plano nacional.

Nadie, ni siquiera los Estados Unidos, con sus aliados, pueden destruir y proscribir el poder comunista en el mundo, sin provocar un cataclismo inimaginable. Y nadie, ni siquiera Rusia y sus aliados, puede imponer su poder sobre el mundo, sin provocar su propia destrucción junto con la de sus adversarios. El dilema: o convivencia, o destruc-

ción, prácticamente universal, ha llegado a ser quizá la más básica de las dimensiones de la historia.

Esta no es, para nosotros, una cuestión de integridad doctrinaria, sino una cuestión de hecho, a lo cual no puede escapar nadie; ni Comunistas, ni Demócratacristianos.

Esto no es diferente para los Gobiernos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia, y de todos los grandes países no comunistas, por una parte, ni para los Gobiernos de Rusia y sus aliados por la otra. Ellos no sólo evitan, hasta ahora, la guerra general, por encima de todos sus conflictos y diferencias, sino que buscan activamente el entendimiento para la convivencia; sus grandes jefes se entrevistan y se reprochan duramente cualesquiera actitud contraria a la convivencia; sus expertos buscan el desarme y la limitación de las pruebas atómicas en infatigables discusiones, sus representantes concurren a las Naciones Unidas.

Y en este mismo plano, ineludible para nosotros y para Uds., como para todos los que conservan un mínimo de sensatez, nosotros reconocemos y afirmamos la necesidad de la convivencia en la Democracia. Por ello fuimos opuestos a la “Ley de Defensa Permanente de la Democracia” y apoyamos, sin ninguna consideración de convivencias políticas ocasionales, su derogación.

Esa convivencia significa el

hecho real de las coincidencias.

Creemos que dentro de la realidad concreta de la vida nacional se presentarán coincidencias entre Uds. y nosotros y por supuesto con todos los demás partidos populares. Hay reformas concretas y urgentes, como la que Ud. enumera en su carta y muchas otras, en beneficio del pueblo y del progreso económico y social del país que exigen de todos los que se interesan por la inmensa mayoría de trabajadores un máximo sentido de la tolerancia y un máximo sentido para buscar posibilidades reales de acción común, para lograr avances positivos en favor del pueblo.

No rechazamos tampoco posibles coincidencias en la defensa de nuestros recursos naturales frente a cualesquiera forma de imperialismo extranjero; pero sobre esta materia, como en otras, nos guiaremos por el juicio que nos hayamos formado sobre los hechos concretos y las circunstancias de cada caso.

Sin embargo, para que esta convivencia en la democracia y las coincidencias previsibles se produzcan en un plano de claridad y no de confusiones que acarreen después malos entendidos y reproches que envenenan, debemos plantear, no sólo posiciones doctrinarias, sino también referirnos a algunos criterios frente a hechos básicos.

Manifiesta Ud. su preocupación o su desacuerdo, especialmente violento con las posi-

ciones nuestras respecto al caso cubano, a la Alianza para el Progreso propuesto por el Presidente Kennedy y del imperialismo capitalista, sobre nuestros recursos naturales y el Mercado Común Latinoamericano.

Sin ninguna pretensión de juzgar intenciones, sino la realidad objetiva de los hechos, estimamos que su posición y la del Partido Comunista Chileno en esas cuatro cuestiones, se construyen en torno a una orientación básica, cuya validez no aceptamos: la de organizar en torno a la enemistad entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los Estados Unidos de América, y a sus exigencias y alternativas estratégicas y tácticas, toda su visión del movimiento popular; del avance histórico latinoamericano hacia la unidad comercial, económica y política; de la explotación de nuestros recursos naturales y de la lucha contra las tendencias imperialistas del capitalismo internacional, y hasta del desarrollo económico de nuestros países.

Nosotros no aceptamos esa conjugación de actitudes; ni la interpretación histórica y la estrategia política en que se basan; ni la fatalidad que entraña y pretende imponer a los pueblos de las Américas.

La cuestión Cuba

Sobre Cuba, nuestra posición es muy clara: ha sido expuesta en diversos documentos internacionales de los Partidos Demócrata Cristianos de América

Latina y en la declaración de Millahue. Mantenemos totalmente lo que hemos dicho: reconocemos la legitimidad de la Revolución; su carácter representativo de los anhelos de cambio de los pueblos del Continente y el impulso que ha dado a este movimiento de la justicia. Reafirmamos nuestra voluntad de defender la libre determinación de los pueblos y condenaremos toda invasión extranjera que atente contra ella. Condenamos con igual claridad todo atropello a los derechos humanos, todo abuso de poder y perpetuar gobiernos que no emanen del sufragio libre y secreto del pueblo.

Cada una de estas proposiciones significa que adoptaremos como hemos adoptado las actitudes políticas consecuentes cada vez que se requiera, sin temor a ninguna consecuencia.

La Alianza para el Progreso

Hemos manifestado efectivamente nuestro acuerdo básico con la proposición del Presidente de los Estados Unidos. Aún cuando ella no es completa en todos los aspectos necesarios, especialmente en los que se refiere al papel de las inversiones norteamericanas en nuestros países, creemos que aporta elementos de una amplitud y de una categoría antes desconocidas para la realización de un verdadero sistema interamericano.

La primacía integral de la cooperación económica de ca-

rácter público sobre las inversiones de capital privado, y la magnitud con que se propone y se proyecta la reclamación de que esa ayuda se condicione al beneficio directo de estos pueblos, mediante las reformas sociales indispensables; la proposición de que las formas concretas de la cooperación se discutan y decidan en un plano común de igualdad y responsabilidad; la complementación de la cooperación económica con la proposición de una cooperación igualmente substancial en el terreno científico, tecnológico y cultural, todos éstos son elementos esenciales de la "Asociación digna" que, como opuesta al imperialismo y al "entreguismo", hemos reclamado durante años, de nuestros Gobiernos y de los Estados Unidos. Sería una inconsecuencia ignorarlos o desestimarlos ahora, porque los propone el Presidente norteamericano, o por-

El imperialismo capitalista

Sin desconocer el papel evidente que el capitalismo norteamericano ha jugado como fuerza imperialista, nos negamos a identificar integral y fatalmente a los Estados Unidos y a su pueblo con un régimen capitalista antihumano que condenamos y combatimos, o con el imperialismo capitalista que aún se manifiesta en la acción de muchas de sus más poderosas empresas tanto en ese país como en los nuestros. Creemos que, tanto en los Estados Unidos, como en los demás países democrá-

que los sostiene su Secretario del Tesoro, quién desautorizó, en la Reunión de Gobernadores del Banco Internacional de Río de Janeiro, toda creencia de que su Gobierno puede mirar con simpatía las políticas de estabilización monetaria en la estagnación económica y en la miseria de la mayoría.

Comprendemos que la tentativa de invasión de Cuba y las declaraciones posteriores de los responsables del Gobierno norteamericano provoquen recelos y desconfianza, incluso respecto de la propuesta Alianza para el Progreso; pero no creemos que ese tremendo error, por grave que haya sido, sirva como único antecedente para justificar el rechazo total y definitivo de una proposición que es buena según sus propios términos y que no debe ser rechazada, ni abandonada a la administración de los elementos reaccionarios de Latinoamérica.

ticos de Occidente, están actuando fuerzas morales e históricas cada día más poderosas para el reemplazo del orden capitalista por un orden humano, y que en la propia tradición norteamericana ellas se encuentran con un espíritu auténtica y espontáneamente, igualitario y popular que será, quizás, el principal de sus aportes hacia el futuro.

El combate a las manifestaciones actuales del imperialismo capitalista es un punto que nosotros debemos reclamar y proponer a los Estados

Unidos y a los demás países de las Américas, como una base fundamental de la Alianza para el Progreso. Y nosotros no tendremos ninguna especie de debilidad para hacerlo, como no la tendremos para combatir cualquiera especie de imperialismo, sea cual fuere su forma o procedencia.

Se refiere Ud., en su carta, a la nacionalización como el único medio que pueden usar nuestros países para combatir al imperialismo capitalista y nos reprocha que no seamos partidarios de la nacionalización inmediata de todos nuestros recursos naturales actualmente explotados por empresas extranjeras. Para nosotros no lo es, ni en la doctrina, ni en la práctica, en toda la significación que su Partido asigna a ese término.

Creemos deseable y estimamos que es una función primordial del Estado, la de promover la explotación de todos nuestros recursos por los medios propios del país, y es por esta razón que hemos proclamado siempre la primacía de la ayuda económica internacional pública sobre la venida de capitales privados, con este objeto y los créditos para ampliar nosotros esa tarea.

Creemos inconveniente la inversión privada extranjera en las industrias nacionales básicas, como la energía y los combustibles, los transportes y las comunicaciones, como las que, por su volumen y proporción en la actividad del país, condicionan gravemente su economía. Las estimamos acep-

tables sólo en cuanto sean realmente subsidiarias de la capacidad económica y tecnológica nacional; pero, aún en este caso, afirmamos que deben cumplir y serles claramente impuestas ciertas condiciones esenciales de cooperación y subordinación a los objetivos propios de la economía nacional; de integración sin reservas y con incondicional solidava, más allá de los intereses privados estrictamente económicos de sus accionistas, a los intereses superiores de nues-

El Mercado Común Latinoamericano

Una gran variedad de iniciativas y aún de conceptos puede haber en este gran objetivo histórico, que nosotros consideramos como la base fundamental de nuestro desarrollo y de nuestra verdadera independencia económica.

No nos explicamos cómo su Partido haya podido incluir, entre sus consignas, la de luchar contra la integración económica Latinoamericana. Ni el progreso científico, realmente importante, para la conquista de los conocimientos que abren las puertas del bienestar humano; ni la tecnología capaz de realizar esos conocimientos; ni los enormes y complejos dispositivos industriales capaces de poner sus resultados al alcance de las multitudes; ni la actividad económica capaz de sostenerlos y difundirlos, son posibles en un conglomerado de pueblos pe-

tra comunidad soberana en todos los aspectos de la explotación y comercio de las riquezas nacionales.

En cuanto al comercio de nuestras materias primas, rechazamos absolutamente toda restricción estratégica que no emane, con entera independencia, de la soberanía chilena y consideramos inaceptable cualesquiera limitación, de cualquiera clase, que se pretenda imponer sin la plena y formal concurrencia de nuestras autoridades legales.

queños divididos por rivalidades y barreras aduaneras y aislados en su desconfianza y en su frustración.

Deseamos y nos proponemos trabajar con todas nuestras energías por el Mercado Común, la Cooperación Económica y la Unidad Latinoamericana para que sean como son, la única base posible para que nuestros doscientos millones de hermanos, que mañana serán trescientos, tengan un bienestar y una dignidad independientes y constituyan, en el mundo y para el mundo, la gran influencia democrática y de paz que están destinados a ser.

Es claro que todos estos ideales pueden ser pervertidos y torcidos en las alternativas de la lucha por el poder mundial; pero nos parece evidente que con mayor facilidad lo serán si las fuerzas populares

no concurren a su realización para defender su integridad.

Señor Senador:

Si Ud. observa con objetividad podrá comprobar que nuestros conceptos fundamentales han permanecido invariables: creemos en la suprema dignidad del hombre con derechos anteriores y superiores al Estado; en la democracia como principio ordenador de las instituciones públicas, y en la primacía del bien común sobre los intereses particulares, de los derechos de la mayoría sobre los privilegios de la minoría, del hombre sobre el dinero y del Trabajo sobre el Capital.

Creemos en la extrema urgencia de que estos principios generen un orden de progreso, de justicia, y de auténtica libertad.

Nuestro llamado es el mismo que hace más de 25 años: "a todos los chilenos de buena voluntad".

Con la misma esperanza con que Ud. termina su carta yo confío que este cambio de comunicaciones sirva para que siempre miremos y expongamos, con claridad nuestras diferencias y el ámbito de nuestras posibilidades de coincidencia y seamos capaces, mutuamente, de guardarnos el respeto que Ud. reclama y nosotros siempre tratamos de guardar.

Lo saluda atentamente,

EDUARDO FREI MONTALVA
Presidente del Partido Demócrata

Cristiano.